

Después de haber escrito esta carta enfática, pero llena de esa sombría dignidad que suele exagerar un artista de veinte años, Luciano se trasladó con el pensamiento al seno de su familia: volvió á ver la bonita habitación que David le había preparado sacrificándole una parte de su fortuna, tuvo una visión de los goces sencillos, tranquilos y modestos de que había disfrutado; percibió en torno suyo las sombras de su madre, de su hermana y de David; sintió de nuevo en sus manos las lágrimas que aquellos seres habían derramado al separarse de él, y entonces lloró porque estaba solo en París, sin amigos y sin protectores.

Algunos días después, he aquí lo que Luciano escribió á su hermana:

«Mi querida Eva: Las hermanas tienen el triste privilegio de participar más de las penas que de los goces de los hermanos dedicados al arte, y empiezo á temer que voy á ser una carga para ti. ¿No he abusado ya de todos vosotros, que os habéis sacrificado por mí? Este recuerdo de mi pasado, tan lleno de los goces de la familia, me ha sostenido contra la soledad de mi presente. ¿Con qué rapidez de águila que vuelve á su nido no he atravesado la distancia que nos separa, para encontrarme en una esfera de afecciones verdaderas, después de haber sufrido las primeras miserias y las primeras decepciones del mundo parisiense! ¿No han chisporroteado vuestras luces? ¿No se han removido los tizones de vuestro hogar? ¿No os han zumbado los oídos? ¿No habrá dicho mi madre: «Luciano piensa en nosotros», y no habrá respondido David: «Nuestro hermano lucha con los hombres y con las cosas»? Eva mía, esta carta te la escribo á ti sola: á ti sola me atreveré á confiar lo bueno y lo malo que me ocurra, ruborizándome de lo uno y de lo otro, pues aquí el bien es tan raro como debería serlo el mal. Vas á aprender muchas cosas en pocas palabras: la señora de Bargetón se ha avergonzado de mí, me ha negado, me ha despedido y me ha repudiado al noveno día de mi llegada. Al verme, ha vuelto la cabeza, y yo, para seguirla al mundo en que ella quería lanzarme, habré gastado mil setecientos francos de los dos mil que con tanta pena logré traer de Angulema. ¿En qué preguntarás tú. ¡Pobre hermana mía! París es un abismo extraño: se puede comer aquí por noventa céntimos, y la comida más sencilla

de una fonda elegante cuesta cincuenta francos; hay chalecos y pantalones á cuatro francos y á cuatro francos y medio, y los sastres que gozan de fama no los hacen por menos de cien francos. Se dan cinco céntimos para pasar los arroyos de las calles cuando llueve, y, finalmente, la menor carrera en coche cuesta seis reales. Después de haber vivido en un buen barrio, estoy hoy en la posada de Cluny, situada en la calle de Cluny, que es una de las callejuelas más pobres y más sombrías de París, comprendida entre tres iglesias y los antiguos edificios de la Sorbona. Ocupo un cuarto amueblado en el cuarto piso, y, aunque sucio y casi vacío, me cuesta quince francos mensuales. Almuerzo un panecillo y cinco céntimos de leche; pero como muy bien por cinco reales en la fonda de un tal Flicoteaux, que está situada en la plaza misma de la Sorbona. Hasta el invierno espero que mis gastos no pasarán de sesenta francos mensuales, comprendido todo; de suerte que con mis doscientos cuarenta francos tendré bastante para los cuatro primeros meses. De aquí á entonces, acaso haya vendido *El arquero de Carlos IX* y las *Margaritas*. No os inquietéis, pues, por mí, que si el presente es triste, feo y mezquino, el porvenir es azul, rico y espléndido. La mayor parte de los grandes hombres han sufrido las vicisitudes que me afectan sin anonadarme. Plauto, el gran poeta cómico, fué mozo de un molino. Maquiavelo escribía *El Príncipe* por la noche, después de haber estado confundido con los obreros durante el día. Finalmente, el gran Cervantes, que había perdido el brazo en la batalla de Lepanto, y que era llamado *viejo é innoble manco* por los escritorzuelos de su época, echó diez años de intervalo entre la primera y la segunda parte de su *Don Quijote*, por falta de editor. Pero hoy no ocurre lo mismo. Las penas y las miserias sólo pueden atacar á los talentos desconocidos, los cuales son ricos una vez que salen de la obscuridad, y yo seré rico. Por otra parte, vivo para el pensamiento, y paso la mitad del día en la biblioteca de Santa Genoveva, donde adquiero la instrucción que me falta y sin la cual no haría gran carrera. De manera que hoy casi me considero feliz. En muy pocos días me he conformado alegremente con mi situación. Me entrego durante el día á un trabajo que me gusta; tengo la vida material asegurada; medito mucho, estudio, y no veo en qué puedo ser herido, después de haber renunciado al mundo donde á cada paso

estaba expuesto á sufrir en mi amor propio. Los hombres ilustres de una época son reputados de vivir en el aislamiento. ¿No son como los pájaros del bosque que cantan y encantan á la naturaleza, y nadie puede verlos? Así haré yo, si es que logro realizar los ambiciosos planes de mi alma. No siento la señora de Bargetón. Una mujer que se porta de ese modo no merece un recuerdo. No siento tampoco el haber salido de Angulema. Aquella mujer tuvo razón en arrojarme á París y en abandonarme á mis propias fuerzas. Este país es el de los escritores, el de los pensadores y el de los poetas. Sólo aquí se cultiva la gloria, y yo conozco algunos de sus productos. Sólo aquí pueden encontrar los escritores las obras vivas de los genios de la antigüedad que caldean las imaginaciones y las estimulan, y digo que sólo aquí, porque aquí se encuentran los museos y los archivos. Sólo aquí inmensas bibliotecas abiertas continuamente ofrecen pasto é indagaciones al espíritu. Finalmente, en París se ve, en el aire y en los menores detalles, un espíritu que se presta á las creaciones literarias. Se aprenden aquí más cosas conversando en un café ó en un teatro, durante media hora, que en provincias en diez años. A decir verdad, aquí todo es espectáculo, comparación é instrucción. Una excesiva baratura y una carestía excesiva. He aquí París, donde toda abeja encuentra su alveolo y donde toda alma se asimila lo que le es propio. Si sufro, pues, en este momento, no me arrepiento de nada. Al contrario, un hermoso porvenir se despliega ante mi vista y regocija mi corazón, dolorido por un momento. Adiós, querida hermana mía; no esperes recibir regularmente cartas mías, porque una de las particularidades de París es que no se sabe realmente cómo pasa el tiempo. La vida tiene aquí una espantosa rapidez. Da un abrazo á mi madre y á David y recibe otro muy apretado para ti.»

Flicoteaux es un nombre inscrito en muchas memorias, pues habrá pocos estudiantes que hayan vivido en el barrio latino durante los doce primeros años de la Restauración, que no hayan frecuentado este templo del hambre y de la miseria. La comida, compuesta de tres platos, costaba noventa céntimos con una botellita de vino ó con una botella de cerveza, y un franco y diez céntimos con una botella de vino. Lo que tal vez ha impedido hacer una fortuna colosal

á aquel amigo de la juventud, fué un artículo de su programa impreso con letras gordas en los anuncios de su casa, concebido en estos términos: PAN Á DISCRECIÓN, es decir, hasta la indiscreción. Muchas glorias han tenido á Flicoteaux por padre nutricio, y no hay duda que el corazón de más de un hombre célebre debe experimentar los goces de mil recuerdos indecibles al ver la fachada de ladrillos que da á la plaza de la Sorbona y á la calle Nueva de Richelieu, y que había sido respetada aún por Flicoteaux II ó III antes de las jornadas de Julio, dejándole aquellos tintes oscuros y aquel aire antiguo y respetable que denotaban un profundo desprecio por las apariencias exteriores, especie de anuncio hecho para los ojos á expensas del estómago por casi todos los fondistas del día. En lugar de aquel montón de caza destinada á no cocer, y de aquellos pescados fantásticos, el honrado Flicoteaux exponía magníficas ensaladas ó tarros de ciruelas cocidas que regocijaban la mirada del consumidor, el cual tenía la seguridad de que la palabra *postres*, prodigada en otros anuncios, no era allí una vana promesa. Los panes de seis libras, cortados en cuatro trozos, hacían cierta la promesa de pan á discreción. Tal era el lujo de un establecimiento que hubiera sido celebrado por Moliere, á haberlo conocido. Flicoteaux subsiste y vivirá mientras los estudiantes quieran vivir. No se come allí nada de más ni de menos; pero se come como se trabaja, con una actividad sombría ó alegre, según los caracteres y las circunstancias. Aquel célebre establecimiento consistía entonces en dos salas cuadrilongas, estrechas y bajas de techo, que daban, la una á la plaza de la Sorbona, y la otra á la calle Nueva de Richelieu, que estaban provistas de mesas salidas de algún refectorio abacial, toda vez que su longitud tenía algo de monástico, y cuyos cubiertos permanecían al lado de las servilletas de los abonados, introducidas en aros de metal numerados. Flicoteaux I sólo cambiaba los manteles los domingos; pero Flicoteaux II los cambiaba, según dicen, dos veces á la semana, desde que la competencia amenazó su dinastía. Aquella fonda era un taller con sus utensilios, y no la sala de festín con su elegancia y sus placeres: en aquel sitio se pasaba poco tiempo. Dentro, los movimientos eran rápidos. Los mozos, todos ocupados y todos necesarios, iban y venían á toda prisa. Los platos eran poco variados. La patata era allí eterna, y aunque no hubiera una patata en

Irlanda ni en el mundo entero, se hallaría en casa de Flicoteaux, donde aparece hace treinta años con ese color dorado reproducido por el Ticiano, y goza de un privilegio deseado por las mujeres: tal como la habéis visto en 1814, la encontraréis en 1840. Las chuletas de carnero y el filete de buey son en la carta de aquel establecimiento lo que los capones en casa de Very, platos extraordinarios que han de ser encargados por la mañana. La hembra del buey domina allí, y su hijo pulula bajo los aspectos mas ingeniosos, y cuando la pescadilla ó la caballa abundan en las costas del Océano, se ven también en casa de Flicoteaux. Todo está allí en relación con las vicisitudes de la agricultura y los caprichos de las estaciones, y se aprenden cosas que ni siquiera sospechan los ricos, los ociosos y las gentes indiferentes á las fases de la naturaleza. El estudiante que vivía en el barrio latino, tenía un exacto conocimiento de los tiempos, sabía cuándo abundaban las habichuelas y los guisantes, la berza y la ensalada, y cuándo escaseaba la remolacha. Una vieja calumnia, repetida en la época en que Luciano empezó á frecuentar este establecimiento, consistía en atribuir la aparición de los bistecs á la mortalidad de los caballos. Pocas fondas parisienses ofrecían un espectáculo tan hermoso. Allí no se veía más que juventud y fe, y miseria alegremente soportada, aunque no faltasen tampoco caras ardientes y graves, sombrías é inquietas. Los trajes eran generalmente descuidados, y por eso los que iban bien vestidos solían llamar la atención, y todo el mundo sabía que su elegancia extraordinaria significaba cita con la novia, excursión al teatro ó visita á las esferas superiores. Al parecer, en este establecimiento nacieron amistades entre varios estudiantes que se hicieron más tarde célebres, como se verá en esta historia. Sin embargo, á excepción de los jóvenes paisanos reunidos en el mismo punto de la mesa, generalmente los concurrentes tenían una gravedad que desaparecía difícilmente, tal vez á causa de lo católico del vino, que se oponía á toda expansión. Los que han frecuentado mucho la casa de Flicoteaux, recordarán, sin duda, algunos personajes sombríos y misteriosos, envueltos en las brumas de la más fría miseria, que comieron allí por espacio de dos años, y que desaparecieron sin dejar rastro alguno tras sí, aun para las sutiles investigaciones de los parroquianos más curiosos. Las amistades nacidas en casa de Flicoteaux eran consa-

gradas en los cafés vecinos, ante las llamas de un ponche ó al calor de media taza de café bendita con un *gloria* cualquiera.

Durante los primeros días de su instalación en la posada de Cluny, Luciano, como todo neófito, hizo vida metódica. Después de la triste prueba de la vida de elegante que acababa de absorber sus capitales, se sumió en el trabajo con ese primer ardor que tan pronto es disipado por las dificultades y las diversiones que París ofrece á todas las existencias, lo mismo á las más exuberantes que á las más pobres, y que, para ser domadas, es necesario tener la energía salvaje del verdadero talento ó la sombría voluntad de la ambición. Después de haber notado la ventaja de llegar temprano, Luciano llegaba, se presentaba en casa de Flicoteaux á eso de las cuatro y media, hora en que los platos eran más variados y podía escogerse. Como todos los espíritus poéticos, sintió predilección por un lugar determinado, y su elección denotaba bastante discernimiento. Desde el primer día de su entrada en casa de Flicoteaux, había visto cerca del mostrador una mesa ocupada por jóvenes cuyas fisonomías y cuyas palabras cogidas al vuelo le dieron á entender que eran literatos. Por otra parte, una especie de instinto le hizo comprender que, colocándose cerca del mostrador, podría hablar con los dueños de la fonda, trabar amistad con ellos y obtener crédito, caso de que se presentasen días angustiosos. Se había sentado, pues, ante una mesita cuadrada situada cerca del mostrador, donde no vió más que dos cubiertos con servilleta sin aro, destinados, sin duda, á los transeuntes. El que estaba enfrente de Luciano era un joven delgado y pálido, tan pobre como él probablemente, cuya cara, marchita ya, denotaba que las esperanzas perdidas habían arrugado su frente y habían hecho en su alma surcos donde las semillas no germinaban ya. Luciano se sintió inclinado hacia el desconocido, por sus vestigios de poeta y por irresistible simpatía.

Este joven, que era el primero con quien el poeta de Angulema había podido trabar conversación al cabo de una semana de haber cambiado palabras, miradas y observaciones, se llamaba Esteban Lousteau. Como Luciano, Esteban había salido de su tierra natal hacía dos años. Sus animados gestos, sus brillantes ojos y su breve palabra, denotaban un amargo conocimiento de la vida literaria. Esteban había sa-

lido de Sancerre con su tragedia en el bolsillo, atraído por lo mismo que ambicionaba Luciano: la gloria, el poder y el dinero. Este joven, que comió al principio en aquella fonda algunos días seguidos, sólo apareció luego en ella de tarde en tarde. Al encontrar á su poeta después de cinco ó seis días de ausencia, Luciano esperaba volverle á ver al día siguiente; pero este día, su lugar estaba ocupado por un desconocido. Cuando dos jóvenes se han visto la víspera, el fuego de la conversación de ayer se refleja en la de hoy; mas aquellos intervalos obligaban á Luciano á romper cada vez el hielo, y retardaban una amistad que hizo pocos progresos durante las primeras semanas. Después de haber interrogado á la dama del mostrador, Luciano supo que su futuro amigo era redactor de un periodiquillo, donde escribía artículos acerca de los libros nuevos y daba cuenta de las obras representadas en el Ambigú Cómico, en la Alegría y en el Panorama Dramático. Este joven pasó á ser de pronto un personaje á los ojos de Luciano, el cual se propuso entablar conversación con él de una manera más íntima, y hacer algunos sacrificios para conquistarse una amistad tan necesaria para un principiante. El periodista estuvo quince días ausente. Luciano no sabía sino que Esteban sólo comía en casa de Flicoteaux cuando no tenía dinero, lo cual le daba aquel aire sombrío y desencantado y aquella frialdad que Luciano procuraba destruir con halagüeñas sonrisas y cariñosas palabras. Sin embargo, aquella amistad exigía maduras reflexiones, pues el oscuro periodista parecía hacer una vida costosa, á causa de las copitas, del café, de los ponches, de los espectáculos y de las cenas. Ahora bien, durante los primeros días de su instalación en aquel barrio, la conducta de Luciano fué la de un pobre muchacho aturdido de su primera experiencia de la vida parisiense. Así es que, después de haber indagado el precio de las consumaciones y de haber calculado el alcance de su bolsillo, Luciano no se atrevió á hacer la misma vida que Esteban, temiendo reanudar los excesos de que todavía estaba arrepentido. Continuando bajo el yugo de las religiones de provincias, sus dos ángeles guardianes, Eva y David, se erguían al menor pensamiento malo y le recordaban las esperanzas que en él habían puesto, los días de ventura que debía á su anciana madre y todas las promesas de su genio. El poeta pasaba las mañanas en la biblioteca de Santa Genoveva, estudiando

historia. Sus primeros estudios le habían hecho notar enormes errores en su novela *El arquero de Carlos IX*. Una vez que la biblioteca se cerraba, se iba á su cuarto húmedo y frío á corregir su obra y á aumentar y suprimir capítulos enteros. Después de haber comido en casa de Flicoteaux, bajaba por el Pasaje del Comercio, leía en el gabinete literario de Blossé las obras de literatura contemporánea, los periódicos, las publicaciones semanales y los libros de poesía, para ponerse al corriente del movimiento intelectual, y volvía á su miserable fonda á eso de las doce de la noche sin haber gastado leña ni luz. Aquellas lecturas cambiaban de tal modo sus ideas, que repasó su serie de sonetos sobre las flores, sus queridas *Margaritas*, y las modificó de tal modo, que apenas pudo aprovechar cien versos. De esta suerte, Luciano hizo al principio la vida inocente y pura de los pobres hijos de provincias que encuentran lujosa la casa de Flicoteaux comparándola con la comida ordinaria de la casa paterna, que se recrean con lentos paseos por el Luxemburgo, mirando á las mujeres bonitas, y que no salen de su barrio por entregarse santamente al trabajo, pensando en el porvenir. Pero Luciano, poeta de nacimiento y víctima de inmensos deseos, se encontró sin fuerzas para resistir á la seducción de los anuncios de los teatros, y el teatro Francés, el Vaudeville, Variedades y la Ópera Cómica le hicieron gastar sesenta francos, á pesar de que iba á paraíso. ¿Qué estudiante podía resistir al placer de ver á Talma en los papeles que él ha creado? El teatro, el primer amor de todos los espíritus poéticos, fascinó á Luciano. Los actores y las actrices le parecían personajes imponentes, hasta tal punto, que creía imposible poder trasponer el telón y hablar con ellos familiarmente. Aquellos autores de sus placeres, eran para él seres maravillosos, de quienes los periódicos se ocupaban como de los grandes intereses del Estado. ¡Ser autor dramático, lograr la representación de sus obras, qué sueño más delicioso! Este sueño lo realizaron algunos audaces, como Casimiro Delavigne. Estos fecundos pensamientos y estos momentos de creencia en sí propio, seguidos de la desesperación, agitaron á Luciano y le mantuvieron en la santa senda del trabajo y la economía, no obstante los sordos gruñidos de más de un frenético deseo. Por un exceso de temor, el poeta se prometió no volver más al Palacio Real, donde había gastado cincuenta francos en casa de Very

y cerca de quinientos francos de ropa en un solo día. De manera que, cuando cedía á la tentación de ver á Fleury, á Talma, á los dos Bautistas ó á Michot, iba al obscuro paraíso, donde se hacía cola desde las cinco y media y donde los rezagados tenían que gastar cincuenta céntimos más en una localidad. Muchas veces, después de haber permanecido allí por espacio de dos horas, las palabras: «¡Se han agotado las entradas!» resonaban en más de un estudiante desconcertado. Después de la función, Luciano se volvía á casa con la vista baja y sin fijarse siquiera en las calles, plagadas á aquella hora de animadas seducciones. Tal vez le ocurrió alguna de esas aventuras de excesiva sencillez, pero que tienen una importancia inmensa para ciertas imaginaciones jóvenes y timoratas. Asustado de la mengua de su capital, un día en que contó su dinero, Luciano sintió un frío sudor y pensó en la necesidad de buscar algún librero que le pagase sus trabajos. El joven periodista de quien pensaba hacerse amigo no iba ya á casa de Flicoteaux, y Luciano esperaba una casualidad que no se presentaba nunca. En París no hay casualidad más que para las gentes que son muy conocidas, pues el número de relaciones aumenta las probabilidades de éxito en todo. Como hombre que poseía aún la previsión provinciana, Luciano no quiso esperar el momento de que-darse sin un céntimo, y resolvió ir á ver á algunos libreros.

Una fría mañana del mes de Septiembre, el poeta bajó por la calle del Harpe, con sus dos manuscritos debajo del brazo, llegó hasta el muelle de los Agustinos y se paseó por la acera, mirando alternativamente el agua del Sena y las tiendas de los libreros, como si algún buen genio le aconsejase que se tirase al agua antes que dedicarse á la literatura. Después de mortificantes dudas y de un examen profundo de las caras más ó menos amables, recreativas, alegres ó tristes que veía á través de los ventanales ó en el umbral de las puertas, vió una casa delante de la cual había unos dependientes embalando libros á toda prisa y cuyas paredes estaban cubiertas de los siguientes carteles:

EN VENTA { EL SOLITARIO, por el señor vizconde de Arlincourt, tercera edición.
LEONIDAS, por Víctor Ducange; cinco tomos impresos en papel fino.
Precio: 12 francos.
INDUCCIONES MORALES, por Keratry.

—¡Esos sí que son felices!— exclamó Luciano.

El cartel, nueva y original creación del famoso Ladvo-cat, florecía entonces por vez primera en las paredes. París no tardó en quedar plagado de papeles por los imitadores de este anuncio, que pasó á ser un manantial de renta pública.

Por fin, con el corazón palpitante de inquietud, Luciano, tan grande un poco antes en Angulema y tan pequeño en París, se armó de valor para entrar en aquella tienda llena de dependientes, de compradores, de libreros... «y acaso de autores»—pensó Luciano.

—Quisiera hablar con el señor Vidal ó con el señor Porchón—le dijo á un dependiente, después de haber leído un rótulo con gruesas letras que decía: *Vidal y Porchón, libreros comisionistas para Francia y el extranjero.*

—En este momento están ocupados—le respondió un dependiente.

—Esperaré.

Dejaron al poeta en la tienda, donde examinó los paquetes de libros y permaneció dos horas ocupado en mirar los títulos, en abrir los tomos y en leer páginas de aquí y de allá. Luciano acabó por apoyar el hombro en una vidriera provista de cortinitas verdes, tras de la cual sospechó que debían estar Vidal ó Porchón, y oyó la siguiente conversación:

—¿Quiere usted tomarme quinientos ejemplares? En ese caso, se los doy á cinco francos con rebaja.

—¿Y á qué precio saldrían así?

—Ochenta céntimos más baratos.

—¿A cuatro francos y veinte céntimos?—dijo Vidal ó Porchón al que le vendía los libros.

—Sí—respondió el vendedor.

—¿A cuenta?—preguntó el comprador.

—¡Trucha! ¡y me los pagaría usted en diez y ocho meses en letras á un año vista?

—No, inmediatamente—respondió Vidal ó Porchón.

—¿A qué plazo? ¿nueve meses?—preguntó el librero ó el autor, que ofrecía sin duda un libro.

—No, no, querido mío, á un año—respondió uno de los dos libreros comisionistas.

Hubo un momento de silencio.

—¡Me estrangula usted!—exclamó el desconocido.

—¿Cree usted que habremos vendido quinientos ejem-

plares del *Leonidas* en un año?—respondió el librero comisionista al editor de Víctor Ducange.—Si los libros se vendieran á gusto de los editores, seríamos millonarios, querido mío; pero, desgraciadamente, se venden á gusto del público. ¿Se dan las novelas de Walter Scott á noventa céntimos el tomo, y quiere usted que yo venda más caros sus libracos? Si quiere usted que yo trabaje esa novela, deme algunas ventajas. ¡Vidal!

Un hombre gordo dejó la caja y acudió á este llamamiento, con una pluma sobre la oreja.

—¿Cuántos Ducanges has colocado en tu último viaje?

—He hecho doscientos *Ancianitos de Calais*; pero para colocarlos, he tenido que depreciar otras dos obras de las que no nos hacían pedidos, y que se han convertido en *ruiseñores*.

Más tarde, Luciano supo que este apodo de *ruiseñor* lo aplicaban los libreros á las obras que quedaban sumidas en las profundas soledades de sus almacenes.

—Por otra parte—repuso Vidal,—ya sabes que Picard prepara novelas, y que nos tiene prometido un veinte por ciento de rebaja sobre el precio ordinario de librería, á fin de organizar un éxito.

—Está bien, á un año—respondió el editor, asustado de la última observación confidencial de Vidal á Porchón.

—¿Trato hecho?—preguntó de pronto Porchón al desconocido.

—Sí.

El librero salió, y Luciano oyó que Porchón le decía á Vidal:

—Tenemos pedidos trescientos ejemplares; venderemos los *Leonidas* á cinco francos, y...

—Y habremos ganado mil quinientos francos—dijo Vidal.

—¡Oh! ya he comprendido que estaba apurado.

—Y ese hombre se hunde, porque le paga cuatro mil francos á Ducange por cada dos mil ejemplares!

Luciano llamó tímidamente á la puerta de la caja.

—Señores—les dijo á los dos asociados,—tengo el honor de saludarles.

Los libreros apenas le contestaron.

—Soy autor de una novela histórica de la escuela Walter Scott, que se titula *El arquero de Carlos IX*, y vengo á proponerles su adquisición.

Porchón dirigió á Luciano una mirada fría, al mismo tiempo que colocaba la pluma sobre el pupitre, y Vidal miró al autor con aire brutal, y le respondió:

—Caballero, nosotros no somos libreros editores, somos libreros comisionistas, y cuando editamos libros por nuestra cuenta, queremos autores de fama. Además, nosotros sólo compramos libros serios, historias, volúmenes.

—Pero ¡si mi libro es muy serio! En él trato de describir la lucha de los católicos, que se mostraban partidarios del gobierno absoluto, contra los protestantes que querían establecer la república.

—¡Señor Vidal!—gritó un dependiente.

Vidal se fué.

—Caballero, yo no le digo á usted que su libro no sea una obra maestra—repuso Porchón haciendo un gesto bastante descortés; pero nosotros, repito, no nos ocupamos más que de libros editados. Vaya usted á ver á los que compran manuscritos: el padre Doguereau, de la calle del Gallo, cerca del Louvre, trabaja la novela. Si hubiese usted hablado un momento antes, habría usted podido ver aquí á Pollet, el competidor de Doguereau.

—Señor, tengo también un tomo de poesías.

—¡Señor Porchón!—gritaron de adentro.

—¡Poesías!—exclamó Porchón con cólera.—¿Por quién me toma usted?—añadió riéndose en las barbas del poeta y desapareciendo en su trastienda.

Luciano atravesó el puente Nuevo en medio de mil reflexiones. Por lo que había comprendido de aquella jerga comercial, sacó en consecuencia que, para aquellos libreros, los libros eran como gorros de algodón ó como otra mercancía cualquiera.

—¡Me he engañado!—se dijo asustado al ver el aspecto brutal y material que tomaba la literatura.

En la calle del Gallo vió una modesta tienda, por delante de la cual había pasado ya, y que ostentaba un letrero, con letras amarillas sobre fondo verde, que decía: DOGUEREAU, LIBRERO, y entonces recordó haber visto repetido este nombre en la primera página de algunas novelas que había leído en el gabinete literario de Bloise. Luciano entró, aunque no sin sentir ese temblor interior que causa á todos los hombres de imaginación la seguridad de sostener una lucha, y encontró en la tienda á un anciano singular, dotado de una de

esas caras originales, propias de los libreros del Imperio. Doguereau llevaba una levita negra con grandes faldones cuadrados y un chaleco de paño común á cuadros, de cuyo bolsillo pendían una cadena de acero y una llave de cobre que se rozaba con amplio pantalón negro. El reloj debía tener el grueso de una cebolla. Su traje estaba completado por unas medias de color gris y unos zapatos provistos de hebillas de plata. El anciano estaba descubierto, y su cabeza ostentaba unos cabellos grises, ralos y poéticamente peinados. El padre Doguereau, como le había llamado Porchón, se parecía por su levita, por sus calzones y por sus zapatos á un profesor de humanidades, y por su chaleco, su reloj y sus medias á un comerciante. Su fisonomía no desmentía esta singular alianza: tenía el aire magistral, dogmático y la cara enjuta de un maestro de retórica, y los ojos vivos, la boca picaresca y la vaga inquietud del librero.

—¿El señor Doguereau?—dijo Luciano.

—Servidor de usted, caballero.

—Soy autor de una novela—dijo Luciano.

—Es usted muy joven—dijo el librero.

—Señor, la edad no tiene nada que ver en este asunto.

—Es verdad—dijo el anciano librero tomando el original.

—¡Ah, diantre! ¡*El arquero de Carlos IX!* ¡Buen título! Vamos á ver, joven, dígame usted el asunto en dos palabras.

—Señor, se trata de una obra histórica de la escuela de Walter Scott, donde presento el carácter de la lucha entre los protestantes y los católicos, como un combate entre dos sistemas de gobierno, en el cual el trono estaba seriamente amenazado, y yo me muestro partidario de los católicos.

—Pero, joven, ¡vaya unas ideas! En fin, le prometo leer su obra. Preferiría una novela del género de la señora Radcliffe; pero si es usted trabajador y tiene usted estilo, concepción, ideas y el arte de caracterizar á los personajes, le prometo serle útil. ¿Qué más queremos nosotros que buenos originales?

—¿Cuándo podré volver?

—Esta noche me voy al campo, leeré allí su obra, y, si me gusta, como quiera que estaré de vuelta pasado mañana, podremos entrar en tratos en seguida.

Al verle tan afable, Luciano tuvo la fatal idea de sacar el manuscrito de las *Margaritas*.

—Señor, he hecho también un tomito de versos.

—¡Ah! ¿es usted poeta? Entonces ya no quiero su novela—dijo el anciano tendiéndole el manuscrito,—porque los copleros fracasan cuando quieren escribir en prosa. En prosa no pueden emplearse palabras vacías, hay que decir algo.

—Pero, señor, ¡Walter Scott también ha hecho versos!

—Es verdad—dijo Doguereau, que se dulcificó adivinando la penuria del joven, y guardó el manuscrito.—¿Dónde vive usted? Yo iré á verle.

Luciano dió su dirección, sin sospechar segunda intención en aquel anciano y sin saber que los libreros de la escuela antigua deseaban tener en una buhardilla, y muertos de hambre, á Voltaire y á Montesquieu.

—¡Hombre! yo he de volver precisamente por el barrio latino—le dijo el librero después de haber anotado la dirección.

—¡Qué buen hombre!—pensó Luciano despidiéndose de él.—Al fin he encontrado á un amigo de la juventud, á un inteligente en la materia. Ya le decía yo á David que el talento se abre fácilmente paso en París.

Luciano se volvió á su casa feliz y satisfecho, soñando con la gloria; y sin acordarse ya de las siniestras palabras que acababa de oír en casa de Vidal y Porchón, se creía dueño de mil doscientos francos por lo menos. Mil doscientos francos representaban un año de permanencia en París, año durante el cual prepararía nuevas obras. ¡Cuántos proyectos basados en esta esperanza! ¡Cuán gratos, creyendo su vida asegurada con su trabajo! El poeta se creyó ya establecido y arreglado, y poco faltó para que no hiciese ya alguna compra. De este modo, y con frecuentes lecturas en el gabinete de Blose, distrajo su impaciencia. Dos días después, el anciano Doguereau, sorprendido del estilo que Luciano había empleado en su primera obra, encantado de la exageración de los caracteres que admitía la época en que se desarrollaba el drama, y maravillado de la fogosa imaginación con que un autor dibuja siempre su primer plan, se fué á la posada donde vivía su Walter Scott en ciernes. El editor estaba decidido á pagar mil francos por la propiedad absoluta de *El arquero de Carlos IX* y á contratar á Luciano para varias obras; pero al ver la posada, el viejo zorro modificó sus ideas diciéndose:

—Un joven que vive aquí, debe hacer vida modesta y ser

amante del estudio y del trabajo; de modo que se contentará con ochocientos francos.

Al preguntarle por el señor Luciano de Rubempré á la patrona, ésta le contestó:

—En el cuarto piso.

El librero levantó la cabeza; no vió sobre el tal piso más que el cielo, y pensó:

—Ese joven es guapo, mejor dicho, hermoso, y si ganase demasiado dinero se echaría á perder y no trabajaría. Por nuestro común interés, le ofreceré seiscientos francos; pero en dinero, nada de letras.

El anciano subió la escalera, dió tres golpes en la puerta de Luciano, y éste se presentó á abrir. El cuarto ostentaba una desnudez desesperante, y sobre una mesa se veía una taza de leche y un panecillo. Aquella desnudez del genio sorprendió á Doguereau, el cual se dijo:

—Vale más que conserve estas costumbres sencillas, esta frugalidad y estas modestas necesidades. Amigo mío, siento un gran placer en verle—dijo en voz alta.—Así vivía Juan Jacobo, con el cual tendrá usted más de una semejanza. En estos albarques es donde brilla el fuego del genio y donde se componen las buenas obras. Así deberían vivir los letrados, en lugar de calaverear por los cafés y por las fondas, y de perder el tiempo, el talento y el dinero. Joven—añadió sentándose,—su novela no está mal. Yo he sido profesor de retórica, conozco la historia francesa y declaro que tiene cosas muy buenas. En fin, que tiene usted porvenir.

—¡Ahl señor...

—No, se lo digo de veras; me parece que podremos hacer negocio juntos. Le compro á usted su novela...

El corazón de Luciano palpitaba al pensar que iba á ver impresas sus obras y á penetrar por fin en el mundo literario.

—Le compro á usted su novela por cuatrocientos francos—dijo Doguereau con tono meloso, mirando á Luciano de una manera que parecía anunciar un esfuerzo de generosidad.

—¿El tomo?—dijo Luciano.

—No, la novela—dijo Doguereau sin asombrarse de la sorpresa de Luciano.—Pero—añadió—le pagaré á usted al contado, y se ha de comprometer usted á hacerme dos al año durante seis años. Si la primera se agota en seis meses,

le pagaré á usted las siguientes á seiscientos francos, y de este modo, con dos al año, tendrá usted cien francos mensuales y podrá ser feliz teniendo la existencia asegurada. Tengo autores á quienes no les pago más que trescientos francos por novela, y dos que perciben doscientos francos por una traducción del inglés. Antes, este precio hubiera sido exorbitante.

—Señor, veo que no podremos entendernos; le ruego que me devuelva usted el manuscrito—dijo Luciano helado.

—Tenga—dijo el viejo librero;—pero le advierto, señor, que usted no conoce los negocios. Publicando la primera novela de un autor, un editor arriesga mil seiscientos francos de impresión y de papel, y crea usted que es más fácil hacer una novela que encontrar esta suma. En mi casa tengo cien manuscritos de novelas; pero no tengo ciento sesenta mil francos en mi caja. ¡Ay de mí! no; hace veinte años que soy librero, y aun no he ganado esa suma. Créame usted, no se puede hacer fortuna imprimiendo novelas. Vidal y Pouchón no nos las toman ya más que en condiciones que se hacen cada día más onerosas para nosotros. Mientras usted arriesga el tiempo solamente, yo tengo que desembolsar dos mil francos y exponerme á perderlos si me engaño, porque *habent sua fata libelli*. Después de haber meditado acerca de lo que tengo el honor de decirle, ya volverá usted á buscarme. Vendrá usted á mí—repitió el librero con autoridad, respondiendo á un gesto lleno de soberbia que Luciano dejó escapar.—Lejos de encontrar un librero que quiera arriesgar dos mil francos por un joven desconocido, no encontrará usted ninguno que se tome el trabajo de leer sus garrapatos. Yo, que le he leído, puedo sacarle algunas faltas de dicción. Ha puesto usted *observar* en lugar de *hacer observar*, etc., etc.

Luciano pareció humillado.

—Cuando vuelva usted á verme, habrá perdido cien francos, porque entonces no le daré más que cien escudos.

Y esto diciendo, se levantó y se despidió; pero desde el umbral de la puerta, le dijo:

—Si no tuviera usted talento y porvenir, y no me interesase yo por los jóvenes estudiosos, no le hubiera hecho tan buenas proposiciones. ¡Cien francos mensuales! ¡Piénselo usted bien! Después de todo, aunque una novela en el cajón

no come ni bebe como un caballo, lo cierto es que tampoco da nada.

Luciano tomó el manuscrito y lo arrojó al suelo, exclamando:

—¡Señor, preferiría quemarlo!

—Veo que tiene usted cabeza de poeta—dijo el anciano.

Luciano devoró su panecillo, bebió la leche y salió. Su cuarto no era bastante grande, y habría dado vueltas por él como un león en su jaula de jardín de plantas. En la biblioteca de Santa Genoveva, adonde Luciano pensaba ir, había visto siempre en el mismo rincón á un joven de unos veinticinco años, que trabajaba con esa aplicación continua propia de los verdaderos obreros literarios. Aquel joven debía de ir allí hacía ya mucho tiempo, porque los empleados estaban muy amables con él, y el mismo bibliotecario le dejaba llevarse á casa libros que Luciano le veía devolver al día siguiente al estudiantado desconocido, en el que Luciano adivinaba á un hermano de miseria y de esperanzas. Pequeño, delgado y pálido, aquel trabajador ocultaba una hermosa frente bajo una espesa cabellera negra bastante mal peinada; tenía hermosas manos y atraía las miradas de los indiferentes por su vaga semejanza con el retrato de Bonaparte grabado por Roberto Lefèvre. Este grabado es todo un poema de melancolía ardiente, de ambición contenida y de actividad oculta. Examinadlo bien, y veréis en él genio y discreción, astucia y grandeza. Sus ojos tienen algo de espirituales, como ojos de mujer, y la mirada parece ávida de espacio y ansiosa de vencer dificultades. Aunque el nombre de Bonaparte no estuviese escrito debajo, no dejaríais de contemplarle con interés. El joven que tanto se parecía á este grabado, llevaba ordinariamente pantalón largo, zapatos de gruesas suelas, levita de paño común, corbata negra, chaleco de paño gris cerrado y un sombrero barato. Su desprecio por todo tocado inútil era visible. Este misterioso desconocido, que parecía sellado en la frente con el sello que el genio imprime á sus esclavos, era uno de los parroquianos más asíduos de la casa de Flicôteaux, donde comía para vivir, sin hacer caso de los alimentos, con los que parecía familiarizado, y bebía solamente agua. Lo mismo en la biblioteca que en casa de Flicôteaux, ostentaba una especie de dignidad que provenía sin duda de la conciencia de una vida ocupada en algo grande y que le hacía casi inaborda-

ble. Su mirada denotaba al pensador, y la meditación ocupaba su frente de noble corte. Sus ojos, negros y vivarachos, anunciaban su hábito de penetrar el fondo de las cosas, y aunque sencillo en los gestos, su porte era grave. A Luciano le inspiraba un respeto involuntario. Varias veces ya, uno y otro se habían mutuamente mirado, como para hablarse, á la entrada ó á la salida de la biblioteca ó de la fonda; pero ni uno ni otro se habían atrevido. Aquel silencioso joven se iba al fondo de la sala, y Luciano no había podido unirse á él, no obstante la simpatía que le inspiraba aquel joven trabajador, en quien veía indecibles síntomas de superioridad. Como lo dijeron más tarde, uno y otro eran dos naturalezas vírgenes y tímidas, entregados á todos los temores cuyas emociones agradan á los hombres solitarios. A no haber sido por un repentino encuentro en el momento del desastre que acababa de ocurrirle á Luciano, acaso no se hubiese hablado nunca; pero al entrar en la calle de los Griegos, nuestro poeta vió al joven desconocido que volvía de Santa Genoveva y que le decía:

—La biblioteca está cerrada, y no sé por qué.

En aquel momento Luciano lloraba, y dió gracias al desconocido con uno de esos gestos que son más elocuentes que las palabras, y que de joven á joven abren inmediatamente los corazones. Ambos bajaron por la calle de los Griegos, dirigiéndose á la de la Harpe.

—Entonces, me voy á pasear al Luxemburgo—dijo Luciano,—porque cuando uno ha salido, siente pereza de volver á trabajar.

—Sí, porque se pierde el curso lógico de las ideas—observó el desconocido.—Pero parece usted apenado, amigo mío.

—Acaba de ocurrirme una aventura muy singular—dijo Luciano.

Y á continuación le contó su visita al muelle, su entrevista con el librero, las proposiciones que acababa de recibir, dijo su nombre y habló cuatro palabras sobre su situación. En un mes próximamente, había gastado sesenta francos en comer, treinta en el cuarto de la fonda, veinte en el teatro y diez en el gabinete literario; total ciento veinte francos, y sólo le quedaban otros ciento veinte.

—Amigo mío—le dijo el desconocido,—su historia es la mía y la de mil doscientos jóvenes más que vienen todos los